

ETICA DE RAMON LLULL Y EL LULISMO (*)

SUMARIO

1. Omisiones, en los estudios de Historia de la Etica, sobre este tema.
2. Vida extraordinaria de R. Lull, el *Doctor Iluminado* (alrededor de 1233-1315 o 1316). Los tres propósitos de Lull, converso, y su repercusión en toda la producción luliana.
3. Significación del Arte general luliana: es a la vez *ars inveniendi veritatem* y de ordenación de la conducta (*vivificare virtutes et mortificare vitia*).
4. Presupuestos metafísico-teológicos y psicológicos de la Etica luliana. El fondo místico.
5. Principios y caracteres de la Etica luliana. «La primera y la segunda intención». Los dos movimientos contrarios del alma y el libre albedrío. Voluntarismo y optimismo. La conciencia moral. Lull, psicólogo nato y moralista: su visión de la ética social de su tiempo. El sentido correccionalista. Impotencia radical de la criatura humana y el subsidio de la misericordia y la gracia divinas. Aplicación de los principios del Arte general a los diversos dominios de la Etica. Platonismo y Misticismo.
6. Pedagogía luliana. Problemas generales de la educación. Anticipaciones modernas. Arte de entender y aprender. Sutileza e ingenio. El problema de la vocación y de la diversidad de aptitudes humanas. Educación caballeresca. Educación e ideal del príncipe.
7. Principios informadores de la Política. Doctrina de las «personas comunes o generales».
8. Doctrinas del Derecho. El Código único.
9. Imperialismo y pacifismo. Doctrina ética de la paz en la triple esfera individual, social y política.
10. Proyecto de organización de la paz cristiana bajo el imperio papal. Anticipo de la Sociedad de las Naciones, con la institución del arbitraje permanente y obligatorio.
11. Aspectos místicos de la Etica luliana. Filosofía del martirio. Ciencia adquirida, o sea la del Arte general, y Ciencia infusa o Sabiduría.

(*) Este estudio póstumo del Dr. Tomás Carreras y Artau fué escrito a manera de capítulo de la *Historia de la Etica*, en preparación por la Sección de Etica del Instituto «Luis Vives» de Filosofía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su Director, el Rdo. P. José Todolí, O. P., lo ha cedido, amablemente, para su publicación en el primer número de esta revista.

12. La dirección ético-mística dentro de la Historia del Lulismo. El *Liber creaturarum (seu Naturae) seu Liber de homine* (1436) de Raimundo Sibiuda, conocido también por de Sabunde, Sebond, etc. Su filiación luliana. Carácter que en ella reviste la Etica. Revalorización de la Mística luliana en el período del Renacimiento... Lefèvre d'Étaples y su círculo de colaboradores. Valoración actual. El humanismo luliano.

1. En una Historia de la Etica, al llegar a la época medieval, no puede hoy prescindirse de la figura extraordinaria de Ramon Llull y el Lulismo, y hay que hacer algo más que citar su nombre o contentarse con vagas alusiones doctrinales. Se trata de una omisión que, dado al estado actual de los estudios lulianos, es imprescindible subsanar. No sólo en los trabajos parciales, sino aun en obras que aspiran a dar una visión total de la Historia de la Etica, la señalada deficiencia es bien notoria. Así, Ottmar Dittrich en su renombrada *Geschichte der Ethik* (Leipzig, 1926) se limita a hacer unas indicaciones, no demasiado precisas, sobre la filosofía luliana, vista en sus aspectos místico y teológico-metafísico, barajando inconsideradamente el nombre de Llull con el de Sabunde (*Sibiuda*), que pertenece a un momento histórico posterior y diferente.¹ Y es lo más grave que en la aludida obra, a pesar de su título, no hace una exposición, si no sistemática, ordenada al menos, de sus fundamentos, sus caracteres específicos dentro de la Etica cristiana medieval, y sobre todo la amplitud de sus horizontes, esto es, sus importantes y originales derivaciones pedagógicas, jurídicas, políticas y sociales. Tal es el intento que quisiéramos realizar, dentro de la obligada limitación del presente trabajo.²

¹ Véase el tomo III de la obra citada en el texto, cap. II, art. 4. B, «Die theosophische Richtung», pp. 196-201.

² Para la redacción del presente estudio hemos utilizado la extensa exposición de la filosofía luliana y de la Historia del Lulismo, que forman parte de nuestra obra, en dos volúmenes: «*Historia de la Filosofía Española. Filosofía cristiana de los siglos XII al XV*». Véanse, para la filosofía luliana, vol. I, parte III, pp. 233-640, y, para el Lulismo, vol. II, parte IV, pp. 9-437. Como obras de conjunto, anteriores a la nuestra, hay que mentar: J. H. Probst, *Caractère et origine des idées du Bienheureux Raymond Lulle (Ramon Llull)*, Toulouse, 1912, y E. Longpré, *Raymond Lulle*, artículo en el «*Dictionnaire de Théologie catholique*» de Vacant-Mangenot, IX, cols. 1072-1141, París, 1926.

2. Ramón Llull, llamado también el *Doctor Iluminado*, nació en Mallorca alrededor de 1223 y murió en 1315 o 1316. No podemos entrar en los detalles de su biografía.³ Todo es extraordinario y novelesco en la figura de este hombre singular, aun después que la crítica histórica ha expurgado no pocos aditamentos legendarios de su vida real, y liberado su obra filosófica de la nota alquimista, que le dió, históricamente, una injusta y popular celebridad. Es R. Llull, de una parte, una de las más auténticas representaciones del espíritu medieval. Como en San Agustín, en él son inseparables el hombre y la doctrina, el pensamiento y la acción, sintiendo también el Doctor Iluminado la necesidad de explicar, apasionadamente y *coram populo*, en un libro primigenio de confesiones trascendentales —*Libre de Contemplació en Déu*—, su vida juvenil borrascosa de pecador; en tanto que su fiebre de conversión universal, imprime una perfecta unidad a toda su obra, a la vez filosófica, poética y literaria. Por otro lado, su genio potente e intrépido, pero indisciplinado, mezcla de puerilidad y grandeza, irradia en todas las direcciones del pensamiento, anticipándose a algunas innovaciones de la filosofía moderna.

Autodidacta por su formación, aunque mantuvo relaciones intelectuales con San Raimundo de Peñafort, que fué su consejero en los primeros años de su conversión, y con los dominicos, es R. Llull, por su espíritu, una figura eminentemente franciscana. En un relato autobiográfico, la *Vida coetània*, el antiguo paje de Jaime I el *Conquistador* y trovador del amor sensual, puntualiza los tres propósitos fundamentales de su vida de converso, a saber: Primero, la conversión de los infieles e incrédulos a la fe católica, llegando incluso hasta el martirio ejemplar y fecundo, siguiendo en este punto a su maestro espiritual San Francisco de Asís. Segun-

3 Sobre ese punto, véase nuestra obra, vol. I, cap. VII, pp. 237-256. Merecen especial mención, entre las numerosas biografías: Salvador Galmés, *Vida compendiosa del Bto. Ramón Llull* (Palma de Mallorca, 1915), breve, pero muy segura, complementada en el estudio del mismo autor, *Dinamisme de Ramon Llull* (Mallorca, 1935); Lorenzo Riber, *Raimundo Lulio (Ramon Llull)*, Barcelona 1935, versión, con algunas modificaciones, de la edición catalana, de Palma de Mallorca, 1916; E. Allison Peers, *Ramon Llull. A biography* (Londres, 1929), que es todavía la mejor y más completa biografía; Francisco Sureda Blanes, *El Beato Ramón Llull (Raimundo Lulio)*, Madrid, 1934.

do, la composición de un libro contra los errores de los infieles: *unum librum meliorem de mundo*, se lee en el texto latino de la *Vida coetània*. Es el *Arte general*, la cual, desde su primera versión, o sea el *Art abreujada d'atrobàr veritat*, o *Ars compendiosa inveniendi veritatem* (Mallorca, 1271?), conocida también con la denominación de *Ars magna* primitiva, hasta el *Ars generalis ultima* o *Ars magna* definitiva (Lyon-Pisa, 1308), fué objeto de incesante y denodada reelaboración, con ánimo de perfeccionarla. Tercero, fundación de Colegios misioneros. Es la prosecución, con una santa insistencia, del pensamiento y de la obra de San Raimundo de Peñafort en este punto. La realización de estos tres propósitos, que son inseparables, constituye el trasunto de la dilatada vida y de la imponente producción doctrinal del filósofo-misionero mallorquín. Lull se vale indistintamente de las lenguas arábiga, catalana y latina para la redacción de sus obras,⁴ habiendo leído su *Arte general* en la Universidad de París y en otros centros intelectuales de Francia e Italia.

3. El *Arte general* es algo *sui generis*, que no puede ser encuadrado en los esquemas usuales de la lógica medieval, o mejor, peripatética. Cuando R. Lull concibió aquel libro único, que él creía fruto de inspiración divina, estaba convencido de que había de servir para «convertir hombres», no para «convertir proposiciones». Pero el Doctor Iluminado no tardó en convencerse de que un medio muy adecuado para convertir a los infieles, era el ser diestro en el arte de convertir proposiciones, esto es, en el manejo fácil del silogismo. Lull presenta su *Arte general* como una panacea, a la vez del recto pensar y del bien vivir; un arte total, en el cual están subsumidas las diversas artes particulares —una de ellas la *Ética*—, puesto que contiene en germen la ciencia universal, y sirve para resolver toda clase de cuestiones, teóricas

⁴ Sobre este punto y sobre el catálogo, clasificación y ediciones de las obras de R. Lull, véase nuestra obra, vol. I, cap. IX, pp. 272-334. Puede consultarse también: Littré-Hauréau, *Raymond Lulle* en «*Histoire littéraire de la France*», vol. XXIX, París, 1885; E. Longpré, *Raymond Lulle* (citado en la nota 2) cols. 1088-1112; Dr. Carmelo Ottaviano, *L'Ars compendiosa de R. Lulle, avec un étude sur la bibliographie et le fond ambrosien de Lulle*, París, 1930.

o especulativas y también prácticas o morales, con una infalibilidad matemática (*infallibiliter*); un arte, en fin, que está al alcance de las gentes indoctas y puede ser aprendida con gran prontitud (*breviter*). En razón a este último propósito, Llull es fundador del Escolasticismo popular.

Consiguientemente, el *Arte general* es un intento de reducción de los conocimientos humanos a un corto número de principios, a fin de expresar las relaciones posibles de los conceptos mediante combinaciones figuradas. A este efecto, Llull apela a una serie de recursos plásticos, gráficos y memorísticos, que son anejos indispensables de su Arte; recursos que no tienen nada de cabalísticos, como se ha supuesto, y cuya finalidad es facilitar la comprensión y la retención, de acuerdo con su intento primordial de democratizar el saber. Tales son las figuras, los colores, las letras hasta constituir más tarde el alfabeto, las cámaras, los círculos concéntricos y giratorios, y la combinatoria, la cual, siglos más tarde, había de ser recogida y perfeccionada por el genio de Leibniz. Por razón de dicha Combinatoria y sus aplicaciones, dicho sea de paso, hoy se considera a Llull como el precursor de la nueva disciplina conocida actualmente con los renombres de Logística y Lógica matemática o simbólica.

Es preciso insistir en que el Arte general luliano es no sólo un *ars inveniendi veritatem*, sino también un arte de vivir bien. Con las cinco figuras —se lee en el *Ars magna* primitiva⁵— «*potest homo contemplari et cognoscere Deum et vivificare virtutes et mortificare vitia*». Y, efectivamente, una de las figuras auxiliares versa sobre las virtudes y los vicios. Más tarde, al ser introducidos los «nueve sujetos» en el mecanismo del Arte general, vemos que el último de ellos, o sea la «instrumentativa», tiene por objeto sistematizar la Ética.⁶

4. No bastan, con ser interesantes, las insinuaciones expuestas. Porque no podríamos comprender el sentido de la Ética luliana con todas sus derivaciones, si antes no precisásemos los

⁵ *Ars compendiosa inveniendi veritatem* (edic. de Maguncia t. I), prólogo, pág. 1.

⁶ Cfr. *Ars generalis ultima* (edic. de Estrasburgo, 1609), IX pars princ., caps. LIV-XC, pp. 443-487.

caracteres de la Metafísica del Doctor Iluminado y de su Teología, concentrada ésta en la doctrina de las *dignidades divinas*, la cual es, a la vez, eje y cúpula de todo el sistema filosófico luliano. También será forzoso detenernos en la Psicología luliana, que ofrece peculiaridades específicas.

Sin negar que Llull aprovecha algunas doctrinas aristotélicas en metafísica, física y psicología, el fondo de su sistema lo constituye el realismo neoplatónico, modelado por la corriente agustiniano-anselmiana. La metafísica luliana es la metafísica del *ejemplarismo* con su obligado complemento, el *simbolismo* universal, y su remate definitivo, que es el *misticismo*.

Dios y las dignidades divinas son la causa y el arquetipo de las perfecciones creadas. Las cosas no son más que semejanzas de estas dignidades divinas, equivalentes a las Ideas platónicas. Todas las criaturas, afirma Llull, según su capacidad receptiva, muestran más o menos impresa la semejanza divina en la medida de su proximidad al grado superior; así es que toda criatura lleva, en mayor o menor grado, el signo del supremo Artífice.⁷ El entendimiento, siguiendo un proceso ascendente, descubre en las criaturas cinco grados de semejanzas divinas y, por tanto, de perfección: el primer grado es el ser elementado; el segundo, el ser vegetativo; el tercero, el ser sensitivo; el cuarto, el animal imaginativo, y el quinto, el hombre dotado de alma racional, la cual —semejantemente a Dios— puede comprender objetos que exceden los sentidos y la imaginación, tales como Dios, las sustancias espirituales, la misma alma, la ciencia, etc.⁸ Como término y coronamiento del susodicho proceso, el entendimiento humano comprende que Dios es una naturaleza infinita y eternamente preeminente en toda suerte de perfecciones;⁹ que es el ser en el cual las dignidades, tanto en el existir como en el obrar, muéstranse en su grado más alto y excelente, y en la máxima concordancia, ya que en él no cabe inferioridad.¹⁰ La Idea —añade Llull,

⁷ *Compendium Artis demonstrativae* (edic. de Maguncia), t. III, dist. II, pars I, pág. 74.

⁸ En la obra y lugar citados, pp. 74-76. Véase, también, *Liber de ascensu et descensu intellectus*, edic. de Mallorca de 1744.

⁹ *Compendium Artis demonstrativae*, dist. II, pars I, pág. 74.

¹⁰ Obra citada, pars II, p. 80.

usando un lenguaje de neto abolengo platónico— en cuanto eterna es Dios, pero en cuanto nueva es la criatura, análogamente a como el arca que en la meditación del carpintero era *nueva*, al pasar de la potencia al acto, es antigua. El ser inteligente y divino en su propio inteligible infinito y eterno atrae todas las novedades, despojadas de todo sujeto creado, y estas novedades son las Ideas divinas, aunque, por otro lado, las criaturas son a la vez que nuevas, finitas y limitadas.¹¹ Este substancioso pasaje resume el *ejemplarismo* luliano.

El universo es para Lull un sistema de signos denunciadores de la realidad inefable de Dios, oculta detrás del mundo aparente de las cosas creadas. «Este mundo —dice— es imagen... en la cual son significadas las dignidades de Dios, esto es, que por la bondad de la criatura es significada la bondad de Dios, y por la grandeza de la criatura es significada la grandeza de Dios, y así de las otras cosas semejantes a ésta».¹² De ahí el uso reiterado de la palabra «semejanzas», y el empleo del símil del espejo y otros parecidos, predilectos también de los filósofos franciscanos.

Asimismo apela Lull al simbolismo del árbol, especialmente en su gran obra de madurez, titulada *Arbre de Sciencia*,¹³ para mejor desenvolver sus doctrinas metafísicas y explicar sus derivaciones morales, políticas y sociales. El «proceso de los árboles», dice en la citada obra, es el proceso mismo del universo. La función específica del filósofo consiste en saber leer los «significados» de cada árbol y de sus partes constitutivas: raíces, tronco, ramos, ramas, hojas, flores y fruto. Las raíces de los árboles elemental,

¹¹ «Idea in aeternitate est Deus, sed in novitate est creatura, sicut figura arcae, quae in meditatione carpentarii fuit nova, ipsa autem deducta de potentia in actum fuit antiqua... Divinus enim intelligens in suo proprio intelligibili infinito et aeterno, attrahit omnes novitates ab omni subiecto creato denudatas, quae quidem novitates sunt Ideae divinae; sed per tertiam speciem eiusdem regulae sunt creaturae novae, finitae et terminatae» (*Ars generalis ultima*, X pars princ., cap. LIII, pág. 512).

¹² *Libre de Meravelles* (edic. de Barcelona, «Els nostres clàssics»), vol. III, cap. LIII, pág. 53.

¹³ Escrita en Roma en 1295. Citamos por la edición de la Comisión editora luliana de Mallorca, en tres volúmenes publicados respectivamente en 1917, 1923 y 1926, y a ella referimos los conceptos que siguen en el párrafo del texto.

vegetal, sensual, imaginal, humanal, moral, imperial y apostolical son: la bondad, la grandeza, la duración, el poder, la sabiduría, la voluntad, la virtud, la verdad, la gloria, la diferencia, la concordancia, la contrariedad, el principio, el medio, el fin, la mayoría, la igualdad y la minoridad. Estas mismas raíces lo son también de los árboles celestial, angelical, maternal o marial y cristianal o de Jesucristo, excepción hecha de la *contrariedad* que es incompatible con el grado de perfección de los seres simbolizados por dichos árboles. Al llegar al árbol divino o de Dios, que es el árbol supremo, las raíces toman otro nombre: se llaman *dignidades*. Las dignidades divinas son: la bondad, la grandeza, la eternidad, el poder, la sabiduría, la voluntad, la virtud, la verdad, la gloria, la diferencia o sea la distinción (de personas), la concordancia (entre ellas), el principio, el medio y el fin y la igualdad. En Dios no se da contrariedad ni mayoría ni minoridad, porque pugnarían con su absoluta perfección. Y hemos de considerar aquellas dignidades como razones reales, bien entendido que ellas y la substancia, en que son sustentadas, son una misma esencia, naturaleza y deidad. En Dios hay, pues, semejanza perfecta o, en otros términos, Dios es idéntico a sí mismo.

Y hemos llegado al entroncamiento de la Metafísica con el Arte luliana. Llull dice terminantemente que aquellas dieciocho raíces de los primeros árboles —los cuales simbolizan el mundo de las criaturas— son los mismos principios del Arte general.¹⁴ Es decir, que *raíces*, o sea los primeros fundamentos reales de las cosas, *principios* del Arte y *dignidades* divinas son términos equivalentes, hecha la salvedad de que la contrariedad, la mayoría y la minoridad son sólo aplicables a las cosas creadas, no a Dios. Los principios del Arte general son a la vez *principia essendi et principia cognoscendi*.¹⁵ Las figuras son un artificio que permite al entendimiento alcanzar las verdades *vere et realiter*.¹⁶

Un sentido esencialmente platónico informará, pues, toda la filosofía luliana, ya se la considere dentro de su dominio estricto, ya se la siga en toda la amplitud de sus horizontes. La persis-

¹⁴ *Arbre de Sciencia*, vol. I, «Del Arbre elemental», pág. 9.

¹⁵ *Ars generalis ultima*, X pars princ. cap. CVI, pág. 545.

¹⁶ *Ars gen. ult.* II pars princ., p. 221.

tencia de ese mismo sentido platónico explica el tenaz empeño de Llull en aplicar los principios de su Arte general al mundo moral, político y social, como veremos luego.

Pasemos ya a la Psicología luliana.¹⁷ En la construcción de esa psicología se refleja aquel dualismo radical entre cuerpo y alma, entre lo sensual y lo inteligible, entre lo temporal y lo eterno, que es una de las características del pensamiento filosófico luliano. En cuanto mira al mundo de las cosas sensibles y terrenas, la Psicología luliana ha sido construída en parte sobre elementos peripatéticos; pero orientada definitivamente hacia el mundo de lo suprasensible y de lo divino, abre la puerta del misticismo y es de corte netamente agustiniano.

El hombre es animal racional, compuesto de cuerpo y alma. Llull admite en el alma, considerada en general, cinco potencias: la *vegetativa*, la *sensitiva*, la *imaginativa*, la *motriz* y la *racional*. Sólo en el hombre se encuentran todas cinco, y por eso su alma participa de toda criatura. La potencia sensitiva está sujeta a la potencia imaginativa; la potencia racional obra después de la imaginativa a fin de juzgar de las cosas imaginadas; en último término actúa la potencia motriz al servicio de la potencia racional, que es dueña de todas las demás potencias. Admite Llull un sexto sentido corporal (*sisèn seny*) al que denomina «afato», y a cuyo estudio dedica una obra especial, el *Liber de affatu seu de sexto sensu*, terminado en Nápoles en 1294. Llull esboza una psicofisiología, de este sentido, cuyo órgano es la lengua. Afato, dice, es aquella potencia con la cual el animal manifiesta en la voz a otro animal su concepción. Esta concepción se hace en el hombre según racionalidad, y en los animales según imaginabilidad. Con espíritu más anselmiano que aristotélico, afirma que en el hombre el afato es más noble que el oído, el cual es potencia pasiva respecto a la voz; y referido a Dios, más noble no sólo

¹⁷ Para el estudio de la Psicología luliana hay que acudir al *Libre de Contemplació en Déu*, editado, en siete tomos, por la Comisión editora luliana de Mallorca. Son especialmente interesantes el tomo I, caps. 39 al 44, y todo el libro III (tomos III y IV). Véase también *Doctrina pueril*, cap. 85, «De anima» (edic. de Mallorca, 1906, págs. 161 y sigs.).

que el oído, sino también que los demás sentidos, «puesto que Dios es nombrable y no es visible, audible, gustable ni palpable».

El alma tiene tres virtudes o potencias: la memoria, el entendimiento y la voluntad. Pertenecen también al alma racional los cinco sentidos llamados intelectuales o espirituales (la «cogitacio» o pensamiento reflexivo, el «apercibimiento», la «conciencia», la «sutileza» y el «coraje» o fervor) que nos certifican las cosas intelectuales, contrariamente a los cinco sentidos corporales o sensuales que nos certifican las cosas sentidas. La trilogía de las potencias del alma es de origen agustiniano, y, como explica repetidamente Llull, es expresión simbólica de las tres personas de la Trinidad divina. El cultivo y ordenación de cada una de estas tres potencias, «objetadas» y referidas a la unidad troncal del alma, inspiró a Llull, ya en el primer período de su actividad filosófica, aquella vasta concepción de las tres Artes convergentes, encaminadas a hacer, conocer, amar y recordar al Amado, a saber el *Art inventiva*, el *Art amativa* y el *Art memorativa*, de las cuales habían de nacer, respectivamente, los tres *Arbres: de sciencia, d'amor y de membrança*. En suma, la ordenación de la totalidad de la vida espiritual.

5. Tenemos ya allanado el camino para la exposición de la Ética luliana, reconociendo sus fundamentos y mostrando su unidad intrínseca, dispuestos a recorrerla, no con la detención que quisiéramos, en toda la amplitud de sus vastos horizontes.

Hay una idea que juega un gran papel en toda la filosofía luliana: es la de *la primera y la segunda intención*, expresiones con las cuales Llull compendia la solución del problema de la finalidad del universo.¹⁸ La primera intención es el plan divino para la ordenación de las criaturas; y este plan ha sido establecido por la dignidad divina del *fin*. Dios ha querido que la primera intención sea en el hombre para conocerle, amarle, honrarle y servirle, y que por la segunda intención posea el hombre los bienes que derivan de los méritos de la primera intención. Así como Dios ha

¹⁸ Véanse: *Libre de Contemplació en Déu*, cap. 45: «Com Deu ha ordenades dues entencions en home» párrs. 2 y 3 (tomo I, pág. 227) y *Libre d'intenció* (edic. Salvador Galmés, Mallorca, 1935).

creado este mundo por razón del otro y no el otro por razón de éste, así también ha querido que la segunda intención esté en los hombres por razón de la primera intención y no que la primera intención exista por razón de la segunda. En Dios no hay división de primera y de segunda intención, porque toda su intención es infinita y eterna, y la segunda intención implica minoridad. Los elementos, las plantas, las aves, las bestias y todas las cosas de este mundo siguen el orden y la regla de la intención por la que han sido creadas; en cambio, el hombre, a quien todas esas cosas son inferiores en la intención, puede ir contra la intención de Dios. Efectivamente, el hombre puede obrar de dos maneras: naturalmente (*naturaliter*), esto es, como las demás criaturas que le son inferiores, y moralmente (*moraliter*), en cuyo caso, haciendo un mal uso de su libertad, puede desviarse de la primera intención o «invertir las dos intenciones», anteponiendo la segunda intención a la primera. Esta desviación o inversión constituye el pecado.

La teoría de las dos intenciones se complementa con la doctrina de los dos movimientos y de la libertad.¹⁹ El hombre siente en sí mismo que tiene libre voluntad para hacer el bien o el mal, y esto sucede así por razón de los dos movimientos que se engendran en él. Por el primer movimiento el hombre es libre para hacer el bien, por el segundo movimiento es libre para hacer el mal. Y como quiera que el bien fué en el hombre antes que el mal, por eso el primer movimiento hacia el bien es accidente inseparable y el otro hacia el mal es accidente separable. Cuando el hombre se mueve a hacer el bien, lo hace según naturaleza de cosa que es poseedora del ser; cuando se mueve a hacer el mal, procede según su naturaleza de cosa privada de ser: el bien proviene de cosa existente, el mal de cosa no existente. La libre voluntad nace de dos contrarios, que son ser y privación. El libre querer (*franc voler*) es la más noble criatura que posee el hombre. Como un corolario de su doctrina de la mayor actualidad de la voluntad, Llull sostiene que el libre querer es, en este mundo, más virtuoso que la memoria y el entendimiento, porque la libertad

¹⁹ Véase *Libre de Contemplació en Deu*, tomo I, caps. 46 y 51, pp. 232-238 y 251-266, de los cuales han sido entresacados los conceptos que siguen en el texto.

está más cerca del querer que de aquellas otras dos potencias. La libertad radica mayormente en el querer que en el poder y el saber.

Hemos aludido antes al tercer sentido espiritual, o sea la *conciencia*, a propósito de la cual expone Llull una interesante doctrina de la vida interior.²⁰ La conciencia tiene por objeto la dirección de la conducta práctica. «Así —dice— como habéis dado ojos al hombre para que vea los lugares a que quiere ir o sepa tocar y palpar las cosas que le son necesarias, así, Señor, os ha placido dar al hombre conciencia para que con ella y por ella sepa qué cosas debe dar por vuestro amor y cuáles deba guardar por amor de vos... Los ojos con los cuales ve y guarda la conciencia del hombre son la justicia y la rectitud, y el cierre y la ceguera de estos ojos son la injusticia y la malevolencia». La conciencia nos hace temerosos para realizar malas obras y voluntariosos para hacer el bien; remuerde y acusa; manda y amonesta, y despierta la compunción y el arrepentimiento de nuestras faltas. Pero la conciencia, como los otros sentidos espirituales, es finita y limitada, y por eso duda. En un delicado capítulo, que es un esbozo de higiene de la conducta, analiza Llull las causas de la conciencia dudosa, y al mismo tiempo señala algunos remedios para poder llegar a la situación de conciencia cierta, o como él dice: «certificada». Son aquellas causas: la discordancia entre la potencia sensitiva y la potencia racional; el olvido y, en general, la debilitación de la memoria, el entendimiento y la voluntad, a la cual opone la abundancia del recuerdo y el ejercicio de aquellas tres potencias; el amor excesivo («sobre amor») hacia el objeto, y de ahí que aconseje el «templado recuerdo, entendimiento y querer en las cosas»; el miedo insuperable, que se cura situando al alma en el término medio entre la audacia y el miedo; la percepción confusa de la injusticia y la malevolencia junto con la justicia y la rectitud, contra la cual procede alejar de los dos primeros estos dos últimos términos, pensando en ellos perseverantemente; el desconocimiento de las propiedades y verdaderos significados de las

²⁰ Véase, para lo que sigue, *Libre de contemplació en Déu*, toda la dist. XXX, «De consciencia», lib. III, tomo IV, pp. 333-382.

criaturas, a lo cual opone el saber; la mescolanza y la proximidad entre la verdad y la falsedad en las cosas; el desconocimiento de lo que es posibilidad y de lo que es imposibilidad en las cosas; el desacuerdo entre la intención y la obra; la tentación, que impide discernir entre la amonestación angélica y la diabólica, y la opinión vacilante y turbadora.

Por encima de sus esfuerzos para presentar una clasificación de las potencias del alma, con el aditamento de los sentidos espirituales, Llull fué ante todo un psicólogo nato y un artista de la conciencia. Pero hay más: la experiencia de su vida mundana y de pecador, y, una vez converso, el trato constante con los hombres y su vida extraordinaria de peregrino y misionero ubicuo, todo eso narrado maravillosamente en sus escritos, le acreditan de perspicaz y agudo moralista social. Impulsado por su fervor apostólico, en su gran *Libre de Contemplació en Déu* nos describe la vida, con sus virtudes y defectos, de los clérigos, de los reyes y los príncipes, de los caballeros, de los peregrinos y romeros, de los jueces, abogados y testigos, de los mercaderes, de los marineros, de los juglares, de los pintores, de los labradores, de los artesanos.²¹ En suma, un cuadro animado de la Etica social de su tiempo. La disposición moralista del Doctor Iluminado se patentiza especialmente en los *eximplis* que esmaltan muchas de sus obras literarias y sociales; *eximplis* rezumantes de gracia y con una santa intención satírica, edificante y nunca malévola, que recuerdan los escritos de los primeros discípulos o compañeros del *Poverello* de Asís.

Fruto de la teología mística y afectiva que le sirve de soporte, es el sentido profundamente correccionalista que caracteriza a la Etica luliana. La virtud divina de la misericordia, que hay que concordar con la justicia divina, inspira a Llull páginas llenas de confianza y piedad para el pobre pecador— comenzando por él, personalmente—, a quien considera siempre capaz de rehabilitación. «Vuestra misericordia— exclama— es mucho mayor que mis pecados y mis culpas... Al modo del hombre enfermo de grave enfermedad, que no puede curar ni sanar sino por una manera y por un re-

²¹ *Libre de Contemplació en Déu*, tomo III, dist. XXIII, pp. 3-144.

medio, sabed, Señor, que estoy tan enfermo que sólo puedo curar con un remedio y un unguento, esto es, por los ojos de vuestra misericordia». ²² Llull concibe la Etica como una medicina del pecado: «Así como el médico físico— escribe— si quiere encontrar y conocer la enfermedad del enfermo, es preciso que la busque y la sorprenda en la naturaleza del cuerpo del hombre, así el médico teólogo, si quiere descubrir y conocer la enfermedad del alma pecadora, conviene que busque la enfermedad en la naturaleza del alma... Las cuatro complexiones del enfermo son las raíces de las que el físico ha de tener conocimiento, porque sin este conocimiento no podría curar al enfermo. De manera semejante es menester que el teólogo, que es médico de las almas, adquiera conocimiento de cuatro cosas, que son los dos movimientos y las dos intenciones que radican en el hombre, porque sin estas cuatro cosas no podría tener conocimiento del pecado. ²³ Estas mismas ideas constituyen el trasunto de la composición rimada que lleva por título *Medicina de peccat*. ²⁴ Una rama de esta medicina espiritual es el arte de consolarse, basado en la contemplación de las virtudes divinas, «porque es tan grande la virtud recordativa, intelectual y volitiva, cuando el alma goza de las virtudes divinas, que ella mortifica, destruye y sana toda tristeza y desconsuelo sensual». ²⁵

La misma doctrina luliana de la conversión de los infieles es, cuanto al fondo, eminentemente correccionalista, aunque en su corteza aparezca como un sistema de «razones necesarias». Llull condena terminantemente que se dé muerte al hereje y al infiel, porque con ello se frustraría el fin esencial de la conversión, que es la vivificación del uno y el otro para la vida perdurable: «Algunos cristianos— escribe ²⁶— no tienen tan recto recuerdo, enten-

²² Obra citada, toda la dist. XX «De la gran misericordia divinal», y especialmente el cap. 97, tomo II, pp. 182-213.

²³ Obra citada, cap. 115, tomo III, pág. 81.

²⁴ Véase en la edición de Mallorca, 1859, o en la edición fragmentaria de Barcelona, 1925.

²⁵ *Libre de Contemplació en Déu*, cap. 349, tomo VII, pp. 404-417.

²⁶ Obra citada, cap. 304 (tomo VI, pág. 353). Véase también el cap. 303, pág. 352, en el cual se alude a los herejes.

dimiento y querer, cuando aman la muerte de los infieles sensualmente, como tuvieron los apóstoles y los mártires, quienes amaron su propia muerte a fin de que con la muerte de su sensualidad fuese enderezada la sensualidad de los infieles, y con este enderezamiento fuese vivificado su recuerdo, entendimiento y querer en la verdad y en la carrera por la cual el alma llega a la vida verdadera en perdurable bienaventuranza gloriosa».

Ese anotado sentido correccionalista de la *Ética* luliana, si por un lado no es más que una aplicación de la doctrina del amor, por otro está íntimamente ligado con el problema teológico de la gracia. «Vos sois todo caridad y en caridad», exclama Ramón.²⁷ En la concepción luliana del universo se extrema el poder de la Causa primera, en tanto que se rebaja la importancia de las causas segundas.²⁸ La asistencia divina, mediante la gracia, es constante no sólo en la esfera del conocimiento (iluminación), sino también en orden a la conducta práctica. El Dios de Llull, como el de San Agustín y San Buenaventura, es activo—ninguna de sus virtudes puede quedar «ociosa»—, muy providente y paternalísimo, porque así lo exigen la profunda miseria y la radical impotencia de la criatura humana: «Así como es cosa natural a la tierra descender y no subir, así es cosa propia del hombre que está desamparado, pecar y errar, puesto que de parte de sí mismo está lleno de defectos, debilidades y mezquindades... Señor, vuestra ayuda levanta a los pecadores del pecado y los sube a hacer penitencia, a la cual no podrían subir sin vuestra ayuda... Nadie hace penitencia por obra ni por naturaleza de sí mismo, sino por razón de vuestra ayuda que le acerca a las virtudes y le aleja de los vicios... Si no fuese, Señor Dios, vuestra gran misericordia, el hombre no haría sino el mal, porque es el hombre tan débil que no haría otra cosa sino errar y faltar; pero vuestra misericordia, Señor, socorre y ayuda nuestra miseria y nos da propiedad y naturaleza por la gracia para que hagamos buenas obras».²⁹

²⁷ Obra citada, cap. 360, tomo VII, pág. 549.

²⁸ Obra citada, veáanse: cap. 15, tomo I, pp. 70-75; cap. 78, tomo II, pp. 104-108; cap. 151, tomo III, pp. 304-310.

²⁹ Obra citada, caps. 86 y 95, tomo II, pp. 145 y 193.

Resumiendo, podemos señalar los siguientes caracteres a la Etica luliana: es *finalista* y de la *primera intención*; es, en definitiva, *optimista*; es *voluntarista* y *activista*; es, en cuanto a su remate, *mística*; es, en fin, profundamente *correccionalista* y *misericordiosa*.

Por lo que dejamos expuesto, la Etica luliana no disiente, en cuanto al fondo y por su espíritu, de la Etica cristiana medieval. La parte original de la Etica luliana consiste en su furor constructivo y en su rigorismo deductivista, no puramente lógico sino ontológico; es, en una palabra, la persistencia en ella del sentido platónico, activado por el ardor místico, y la aplicación inflexible y a la vez minuciosa que hace Llull de los principios del Arte General al mundo moral, pedagógico, jurídico, político y social. Esto es lo que vamos a ver:

6. La Pedagogía luliana es una pedagogía de la primera intención, que comienza por las cosas generales para descender a las especiales y, auxiliada por el Arte General, culmina en la imitación de las virtudes divinas. Dos obras de la primera época escribió Llull expresamente para la educación de su hijo: la *Doctrina pueril* y el *Libre d'intenció*, al que antes nos hemos referido, las cuales se complementan con el *Libre de cavalleria* y el libro primero del *Blanquerna*, compuestos estos dos últimos, según todos los indicios, con el mismo propósito.

En el libro de *Doctrina pueril* acomete Llull el problema de la educación en un sentido total. La obra está distribuída en cien capítulos, pudiendo distinguirse dentro de la misma dos partes: una que podría ser denominada catequística o religiosa (caps. 1 al 67), y la otra, complementaria de la anterior, que versa sobre la instrucción moral y profana de la juventud. No podemos seguir al detalle la construcción sistemática de esta obra, pero no sabríamos dejar de consignar algunas interesantes novedades. Así, en el capítulo 79, después de exaltar la condición y el estamento de los que profesan las artes manuales, proclama la conveniencia de que todo el mundo, por rico que sea, no deje de hacer aprender a su hijo algún oficio, a fin de que si viniese a pobreza, pudiese vivir de su oficio. Y en el capítulo 91, —que prelude a Locke— se formula una serie de consejos y máximas acerca de la alimentación y crianza de los niños, llenos de buen sentido pedagógico.

En el libro primero del *Blanquerna*, insiste Llull sobre los problemas de la educación considerados en conjunto, a propósito de la formación moral, religiosa y social del protagonista de aquel nombre, el hijo de Evast y Aloma, a quien sigue desde los primeros cuidados de la lactancia hasta que adquiere capacidad para regirse a sí mismo.

Fuera de los cuatro libros antes mencionados, Llull ha discurrecido sobre cuestiones pedagógicas en otras obras de diversa índole. Así, ha expuesto las condiciones del arte de entender y aprender.³⁰ El discípulo —dice—, lejos de ser un mero repetidor de las palabras y conceptos del maestro, ha de poner algo propio que, por asimilación, se convierta en un acrecimiento del saber. Así como los alimentos ingeridos hacen crecer el cuerpo por generación cuando éste no expulsa todo lo que la potencia retentiva retiene, así también el discípulo, cuando por sí mismo sabe aprender y entender algo más de lo que se le enseña, sobrepuja al maestro en saber y entender. Y añade que, así como es conveniente que el maestro, por el placer que en su función experimenta, embellezca sus palabras poniendo bella cara y semblante sonriente, en cambio, el discípulo que quiere aprender y entender «debe hacer cara sabia y no sonriente», porque, en este caso, el entendimiento almacena y no despende.

Llull ha abordado el problema de la vocación y de la diversidad de aptitudes de los hombres en una curiosa y aguda teoría psicofisiológica de la «sutileza» y el «ingenio»,³¹ la cual prelude algunos puntos de vista de Luis Vives y Huarte. Hay una sutileza natural —afirma— resultante de que el hombre esté bien instrumentado en sus miembros corporales, como quiera que éstos son el sujeto en que el alma actúa sus virtudes; puesto que, cuanto mejor dispuesto sea el continente para recibir el contenido, más acabadamente se hallará éste dentro de aquél. Hay también una sutileza accidental o adquirida que se engendra de la cooperación y uso cotidiano de los sentidos sensuales y de los sentidos intelectuales.

³⁰ Obra citada, cap. 359, tomo VII, pág. 543.

³¹ Obra citada, véase toda la dist. XXI, «De subtileza», tomo IV, pp. 383-430, y especialmente los caps. 214 y 215. Llull da carta de naturaleza al término *ingenio* («enginy») en el cap. 216, pág. 307.

El hombre colérico es naturalmente más sutil que el hombre flemático, puesto que la cólera tiene mayor propiedad que la flema para hacer pasar las virtudes del alma de la potencia al acto; y la razón de ello es que dichas virtudes más naturalmente vienen en acto por el calor y la sequedad, que disuelven y separan las cosas contrarias, que por el frío y la humedad, que las constriñen y juntan. La sutileza natural es superior a la sutileza accidental. Los hombres sutiles por naturaleza aprenden sin maestro, pues son rectores de su propio entendimiento y muy aptos para la disputa; por el contrario, los hombres sutiles accidentalmente entienden menos y no pueden guiar su entendimiento sino dentro de los términos aprendidos de su maestro, y por eso cuando se les cambia de una materia que han aprendido a otra por aprender, son vencidos. El sutil natural ama los significados intelectuales, como los géneros y las especies en general, y gusta de las razones y pruebas naturales; el sutil accidental prefiere los significados sensuales e individuales y disputa por autoridades, por milagros y por fe antes que por razones necesarias. Hay hombres dotados de sutileza sensual, esto es, para las cosas pertinentes a los sentidos corporales. Y, como quiera que los hombres difieren en naturaleza y complexión, y también por el régimen de alimentación, de ahí que cada uno se utilice más fácilmente en aquella sensualidad que le es propia. Unos son sutiles en el arte de la piedra, otros en la medicina y la cirugía, otros en la carpintería y la sastrería y las demás artes mecánicas. Los hay sutiles en el hablar, en el cantar y tocar diversos instrumentos. Y es preferible que cada cual se utilice en aquella arte que más le conviene por naturaleza, a que persevere largo tiempo en alguna otra arte que le es contraria naturalmente. Hay hombres sutiles en naturaleza sensual e intelectual: son los filósofos... En fin, los teólogos utilizan en las cosas intelectuales, esto es, en la naturaleza divina, en la naturaleza angélica y en la naturaleza de nuestras almas. La sutileza intelectual está en el alma, y por eso mejora y fructifica; la sutileza sensual está fuera del alma y no es muy útil ni provechosa. Pero, a la manera que el hombre sube la escalera cambiando sus pies de los escalones inferiores a los superiores, así también el que quiera ser útil y entendido es preciso que de la sutileza sensual sepa subir a la sutileza intelectual.

Llull ha tratado también de la educación especial, esto es, referida a órdenes o situaciones particulares. Así, el *Libre del Orde de Cavalleria*, al que antes hemos aludido y en cuyo examen no podemos entrar, es a la vez un manual de educación caballeresca y un código de los derechos y obligaciones del perfecto caballero.

En el *Opus* luliano encontramos un conjunto de ideas dispersas acerca del ideal y la educación del príncipe. «El príncipe debe tener la primera intención en ganar mérito en su oficio por obra de la fe, y la segunda intención debe tenerla puesta en su oficio».³² «El principado es cosa tan noble que aquél que lo posee debería ser muy humilde y muy justiciero y muy dulce y sencillo y suave y lleno de lealtad y misericordia. La cosa mejor en el mundo es que el buen príncipe sea hombre de mucha convicción y entendido y lleno de buenos hábitos».³³ Como Platón, suspira Llull por el tipo del príncipe sabio, educado en la filosofía: «Conviene que el príncipe sea sabio... y por eso, en otros tiempos, eran sabios los príncipes que hacían aprender a sus hijos la filosofía, porque es la ciencia general que ilumina el entendimiento de los hombres para conocer las verdades de las cosas».³⁴

7. Entrando ya en la esfera de la vida pública o social, afirma Llull que la Política ha de nutrirse de principios substanciales y a la vez necesarios, corriendo peligro de muerte cuando está edificada sobre principios accidentales o contingentes. Hay una política que es la forma general de la ciudad, en la cual se contiene la política doméstica que es, respecto de la primera, una forma especial, y de esta manera se conjugan la forma general y la forma especial, como las especies están contenidas dentro del género. La política metafísicamente sana se sostiene por la mente sana de los gobernantes virtuosos, y se malogra y deforma en manos de gobiernos viciosos.³⁵

Aplicación de estos principios y feliz combinación de la doctrina de las dignidades divinas con el simbolismo del árbol, es la

³² *Libre d'intenció*, parte V, cap. 28, pág. 60.

³³ *Libre de Contemplació en Déu*, cap. 111, tomo III, pág. 52.

³⁴ *Arbre de Sciencia*, «Arbre Imperial», IV, n.º 4; vol. I, pág. 310.

³⁵ *Ars generalis ultima*, X pars princ. cap. IV, pág. 543.

teoría luliana de las «personas comunes o generales», expuesta minuciosamente en la obra *Arbre de Sciencia*. Son personas comunes las autoridades jerárquicas: el Papa, los cardenales, los patriarcas, los arzobispos, los abades, etc. concernientes al Arbol apostólico; y respecto del Arbol imperial, el príncipe y sus subordinados: los barones, los caballeros, los burgueses, el Consejo, los procuradores, los jueces, los abogados, los «saygs» o ejecutores de la justicia, los «enquiridors» o inspectores y el confesor. Al modo del tronco del árbol, cada una de estas personas comunes contiene en potencia las «formas generales» que han de ser actuadas en las «personas particulares» que están debajo de su jerarquía y que son como las ramas. El príncipe ha de ser imagen de Dios en la tierra. Si, por el contrario, el príncipe se desvía de las raíces o dignidades divinas, entonces su conducta aporta la privación o el no ser —la «vacuitat»— a la conducta de las personas particulares, las cuales son, de este modo, desviadas de su fin principal. Lo mismo puede decirse de las otras personas comunes, y muy especialmente del Papa, quien, por ser la autoridad más alta de la tierra y participar en mayor grado de las dignidades divinas, asume la máxima responsabilidad.

8. Los principios del Arte General son formas de la justicia, fuera de las cuales no puede existir la justicia perfecta. El Derecho escrito será verdadero, si se basa en los principios y reglas del Arte; en otro caso, será fantástico, fingido o deformado. Por eso, Llull es decidido partidario de compendiar en un código simplicísimo la enorme balumba de leyes existentes, así civiles como canónicas. Este código, tal como se proyecta en el *Arbre de Sciencia*, es «un libro general a la ciencia y retórica del derecho», integrado por cuarenta «formas primeras generales», verdaderos conceptos troncales o categorías del Derecho. Y convendría, añade Llull, que el príncipe hiciese aprender el susodicho libro a los jueces y a los abogados, «a fin de que, mediante el mismo, pudiesen juzgar y abogar y resolver muchos pleitos en breve tiempo y por razones necesarias y naturales... Y, ordenada de esta manera la ciencia del Derecho que versa sobre particulares, podría reducirse a sus formas generales, dando doctrina en las cuestiones para practicar la ciencia». ³⁶

9. Llull preconiza el imperio como medio de instaurar la paz universal y cristiana. Cree que la abundancia de reinos y la igualdad entre los príncipes fomenta las guerras y se opone a la utilidad general. El fruto del Arbol imperial, concluye, es la paz entre las gentes, a fin de que en paz puedan vivir y a Dios recordar, entender y amar, honrar y servir.³⁷ La idea del imperio fascina a Llull, como atrae al Dante y a otras grandes mentes de su época. Pero la doctrina imperialista luliana, aunque estimulada con el vago recuerdo del imperio romano, latente durante toda la Edad Media, es una derivación lógica, casi rectilínea, del platonismo cristiano que informa la filosofía del Doctor Iluminado. Examinada en el proceso de su desarrollo, dicha doctrina consta de dos momentos perfectamente registrables dentro del sistema luliano. Un primer momento es la realización de la idea del imperio, esto es, el tránsito del pluralismo religioso, político y social de la época a la unidad: el instrumento para forjar esta unidad es la «Cruzada espiritual». El segundo momento, que supone el imperio ya constituido o en período constituyente, es la organización de la paz cristiana. El idealismo luliano, al acometer esta segunda tarea, acaba por ser francamente utópico.

Llull es un pacifista convencido; pero el pacifismo luliano, antes que una idea política, es una aspiración moral, fruto y a la vez aplicación de su doctrina del amor, y por eso hay que buscar sus raíces en la mística. En el *Libre de Contemplació en Déu* el filósofo mallorquín explana «el arte por la cual el hombre que está en guerra puede tener paz y concordia con sus enemigos».³⁸ Tres son las vías o carreras— dice— por las cuales los hombres guerrearán los unos con los otros: una es sensual, la segunda es compuesta de sensualidad e intelectualidad, la tercera es simple-

³⁶ *Arbre de Sciencia*, «Del Arbre imperial», V, vol. I, pp. 320 y 323. Este propósito sistematizador y unificador del Derecho obsesiona a Llull ya en su primera época, como es de ver en su libro *Començaments de Dret (Liber principiorum iuris)*.

³⁷ *Arbre de Sciencia*, «Del Arbre imperial», III, n.º 1 y VII, n.º 1; vol. I, pp. 308 y 329.

³⁸ Rúbrica del cap. 204 (tomo IV, pp. 310-318), que es el citado y extractado en el texto.

mente intelectual. La primera precaución es ponerse en paz consigo mismo: «Todo hombre que quiere tener paz y huir de inquietud, debe mirar cuál de las potencias domina sobre la otra, y, si encuentra que su sensualidad está sobre su intelectualidad, debe bajar su sensualidad y subir su intelectualidad hasta su lugar, porque nunca el hombre tendría paz con su enemigo si fuese obediente a su sensualidad y a su intelectualidad». Cuando dos hombres están en guerra por alguna cosa sensual y ambos son esclavos de la potencia sensitiva y desobedientes a la potencia racional, tenemos la peor guerra que puede darse. En este caso, el que quiere la paz, es preciso que con su racionalidad mortifique la sensualidad a fin de que sea amador de su enemigo. Si por esta manera tampoco surge la paz, convendrá que combata con su enemigo, pero no sensualmente, sino intelectualmente, esto es, con razones y por derecho. Si ni aun así consigue su objetivo, probará a combatirle en su sensualidad hasta vencerla, a fin de que por la mortificación de la sensualidad sea mortificada la mala voluntad que está en la intelectualidad. Y si, por tratarse de un enemigo a la vez poderoso y que no admite razones, resultan ineficaces las maneras antes expuestas, no queda otro consejo para el que desea la paz que, venciendo a sí mismo, abandone la cosa sensual que es causa de la guerra a su adversario y huya de su presencia. Tomando ejemplo de la manera de convertir de Jesucristo y sus apóstoles, afirma Llull que, para llegar a la paz entre los cristianos y los sarracenos, convendría que se hiciese primeramente la paz en la naturaleza sensual, «a fin de que sea posible la convivencia entre unos y otros, y con la paz sensual se podría concordar en la guerra intelectual; y cuando la guerra intelectual hubiese terminado, entonces surgiría la paz y la concordia entre ellos, porque tendrían una fe y una creencia, y esta unidad de fe y de creencia sería causa y razón para que estuviesen en paz sensualmente».

10. Todo el plan luliano de «ordenación» de las costumbres consiste en instaurar la paz en los varios ámbitos del cuerpo social mediante el vínculo del amor entre el príncipe y su pueblo, entre padres e hijos, entre marido y mujer, entre los parientes, vecinos y extraños, entre los amigos, entre los enemigos. A este propósito, proclama Llull la excelencia del ideal de pobreza de los ermitaños

y de las Ordenes mendicantes, y estima que sólo es lícito el amor a las riquezas cuando éstas son poseídas por la segunda intención. Por el contrario, quienes se aman a sí mismos por la primera intención y a Dios por la segunda, y aman las riquezas sensuales y a Dios igualmente por una misma intención, éstos «son ladrones, falsos e injustos y están llenos de todos los vicios». ³⁹

Hay, dentro del *opus* luliano, dos admirables producciones en las que el Doctor Iluminado, en pos de su integridad doctrinal, nos muestra la visión que él tiene de la Cristiandad renovada por el Evangelio. Son el *Libre de Blanquerna*, compuesto, según todas las probabilidades, en Montpellier en 1283, y el *Libre de Meravelles*, escrito en París hacia 1289. Ambos encierran la filosofía luliana puesta en acción, «novelada». Digamos de paso que aquellas dos obras constituyen el primer esbozo, en Europa, de novela filosófico-social. Nos detendremos especialmente en la primera.

El *Libre de Blanquerna*, una de las obras más bellas y originales de la producción luliana, significa, doctrinalmente, un intento de organización de la paz cristiana dentro del imperio papal. El asunto de esta obra es narrar las andanzas de Blanquerna, el hijo de Evast y Aloma, quien, acuciado por un ansia creciente de perfección, rehusa el estado de «matrimonio» en que viven ejemplarmente sus padres, y abraza sucesivamente los estados de «religión», de «prelacia» y «apostólico» o papal. Esta trama tan sencilla sirve al autor para exponer un plan vastísimo de reforma religiosa, moral, política y social, guiado por su propósito inicial de reducir todos los pueblos y razas de la tierra a la unidad de la fe cristiana. Hay en esta obra providencias —sugestiones que se consideraban irrealizables en su época—, que al cabo de algunos siglos se han convertido en hechos o en aspiraciones de realización inmediata. De ahí el interés de palpitante actualidad que ofrece su lectura. Los capítulos referentes a la función del cardenal de *Domine Fili* constituyen el precedente de la actual Congregación romana *De propaganda Fide*. Llull es hoy unánimemente considerado como uno de los precursores de esa nueva ciencia denominada «Misiología», que es una apologética

³⁹ *Libre de Contemplació en Déu*, cap. 301 (tomo VI, pp. 329-338), del cual son extraídos los conceptos del texto.

basada en la etnografía. Excepcional interés ofrece el libro cuarto de la obra, «De apostolical estament», dedicado a describir la misión del papado, en el cual aparece estructurado un plan de comunidad universal, organizado en sentido religioso, de acuerdo con las ideas místicas del autor, pero con un aspecto político al mismo tiempo. Con razón se ha visto en este plan un preludio de lo que fué, hasta no hace mucho, la Sociedad de las Naciones. Es terminante la idea de la institución del arbitraje con carácter permanente y obligatorio. «¡Padre Santo!— dijo el cardenal mensajero al Papa—: ¿De qué manera podríamos ordenar nuestros mensajes para tratar la paz entre las comunidades? El Papa contestó y dijo que los mensajeros fuesen por las comunidades vigilando cuál de ellas atentaba injustamente contra la otra; y el Papa expuso que una vez al año cada potestad fuese a un lugar seguro en donde se reunieran todas las potestades, y a manera de Capítulo se tratase de la amistad y de la corrección recíprocas y se impusiese una multa («puniment de moneda») a aquéllos que no acatasen el fallo de los definidores del Capítulo. Y, gracias a esta ordenación hecha por el Papa en la forma explicada, sobrevino la paz y la concordia entre las comunidades». En una escena curiosa, el Santo Padre reúne a los cardenales y les pregunta «qué consejo podría ser tomado para destruir la diversidad de los lenguajes y hacer convenir a las gentes en general, a fin de que se entendiesen y amasen y en servir a Dios se conviniesen». He aquí la respuesta obtenida por boca de uno de los cardenales: «¡Señor Apostólico! Respecto de lo que pedís, es necesario que vos y vuestra corte seais agradables y amables con los príncipes cristianos, y que a ellos y sus súbditos concordéis en cuanto a las costumbres, eligiendo las mejores costumbres, y que dentro de cada provincia haya una ciudad en la cual sea hablado el latín por todos; porque el latín contiene muchas palabras de los otros lenguajes, y en latín están compuestos nuestros libros... Y de este modo, por larga continuación podréis llevar a buen término que en todo el mundo no haya más que *un lenguaje, una creencia, una fe y, por consiguiente, un Papa*». Esta última lapidaria afirmación encierra el concepto puro, la Idea platónica de la Cristiandad.

11. Hemos venido afirmando que la Ética y, más ampliamente, toda la Filosofía luliana tiene su coronamiento en el misticismo. Y aunque sólo incidentalmente nos hemos referido a la Mística luliana, creemos que es ahora el momento de hablar de aquel propósito fundamental de Llull, ya converso, de llegar, si preciso fuese, en su afán de conversión universal, hasta el martirio personal, ejemplar y fecundo. El tema del martirio persiste como una idea obsesionante en toda la producción luliana, pero muy patéticamente en el *Libre de Contemplació en Déu* y en no pocas de las composiciones rimadas o poéticas.

Dejando de lado lo que nos dice la biografía sobre este punto, y ceñidos a la esfera puramente doctrinal, diremos que Llull nos ha legado una dramática filosofía del martirio, basada en la naturaleza de las tres virtudes del alma: memoria, entendimiento y voluntad. Estas tres virtudes —afirma— son iguales en naturaleza. Ninguna es más virtuosa que la otra, y por eso sus obras son iguales en el tiempo y en virtud y en fuerza y en honor y en gracia; ninguna es antes que la otra, ni puede actuar sin el concurso de las otras dos. Pero, aunque las tres virtudes del alma sean iguales en naturaleza, es mayor la actualidad de la voluntad en cuanto al ejercicio. «La causa por la que el querer sobrepuja, Señor, al recuerdo y al entendimiento, es porque la voluntad puede amar aquello que el alma no puede recordar ni entender, como vuestro ser divino, al cual el alma quiere y ama, sea cual fuere la cosa que él sea en sí mismo, y la memoria no lo puede recordar ni el entendimiento lo puede entender».⁴⁰

Por eso, cuando las tres potencias del alma, personificadas, después de un animado coloquio, tratan de dar reposo a sus males y desavenencias —a la voluntad por exceso de amar y a la memoria y al entendimiento por limitación en su recordar y en su entender—, deciden abrir una vía mística extraordinaria, sumarísima, gracias a la cual la igualdad entre dichas tres potencias llegará a ser perfecta no sólo en cuanto a su naturaleza sino también en cuanto a su ejercicio actual: «En tanto que la memoria oía lo que decía la voluntad, dijo el entendimiento que nunca

⁴⁰ *Libre de Contemplació en Déu*, cap. 312, párr. 13 (tomo VI, pág. 449).

encontrarían remedio y paz con la voluntad mientras estuviesen en este mundo. En vista de ello, dijo la memoria que no había otro consejo sino que muriese el cuerpo adorando y contemplando y predicando a los infieles la santa fe romana, para dar alabanza a su Creador, y que después de la muerte corporal las tres disfrutasen y contemplasen en la gloria celestial en presencia divina.⁴¹ Es decir, que mediante el martirio, el Amigo abrevia voluntariamente y con alegría el camino para llegar a la unión con el Amado, rubricando a la vez con su sangre la verdad de la fe cristiana ante los fieles. La filosofía del martirio confirma, pues, la nota de optimista que hemos asignado a la Etica luliana.

Llull distingue entre la *Ciencia adquirida* que se basa en las «razones necesarias», o sea, la del Arte General y de los doctos, y la *Ciencia infusa* o Sabiduría. Y se pregunta cuál de las dos es superior a la otra. La respuesta la da en el *Libre de Amic e Amat*:⁴² «La ciencia infusa viene de voluntad, oración y devoción, y la ciencia adquirida viene de estudio y de entendimiento. La sabiduría comienza en la fe y la devoción, que son la escala por donde sube el entendimiento para entender los secretos del Amado... La ciencia de los grandes sabios tiene mucha hojarasca y pocos granos; pero la ciencia de los simples tiene poca hojarasca y los granos son innumerables».

12. Dentro de la historia del Lulismo, especialmente en su dirección ético-mística, hemos de referirnos a una obra aparecida en el primer tercio del siglo xv, de indudable filiación luliana, aunque es producto también, directamente o por contraste, de otras corrientes ideológicas de aquel momento. Su autor es Raimundo Sibiuda (conocido más adelante por Sabiude, de Sabunde, Sebon, Sebond y otros nombres parecidos), profesor que fué de la Universidad de Tolosa (Francia), natural de Barcelona, según algunos, pero desde luego perteneciente a un conocido linaje catalán. El título de la obra aludida es *Liber creaturarum (seu Naturae), seu Liber de homine*, la cual, según consta en un manuscrito coetáneo,

⁴¹ Obra citada, cap. 358, párr. 30 (tomo VII, pág. 531).

⁴² Citamos por la edición de S. Galmés (Mallorca, 1914), complementada por la edición de M. Obrador (Barcelona, 1904).

fué terminada en dicha Universidad el 11 de febrero de 1436. Con el título inadecuado de *Theologia naturalis* fué editada, al parecer por primera vez, sin fecha, en Deventer (entre 1480 y 1482), siguiendo, en el transcurso de un siglo, diversas ediciones. Adoptando el mismo título, hizo Montaigne su maravillosa y muy divulgada traducción francesa, que vió la luz pública en París en 1569.

Abrese la obra con un gran Prólogo, que se ha hecho famoso, y está distribuída en 330 «títulos» o capítulos.⁴³ Anuncia Sibiuda, en este Prólogo, una nueva ciencia, a la cual asigna diversos oficios y aplicaciones. Es, por una parte, una doctrina del hombre, que le ilustra para el conocimiento de sí mismo, de su Creador y de todo lo que le obliga y le incumbe como hombre; es también una doctrina de la verdad, gracias a la cual el hombre aprende, *sin dificultad y sin esfuerzo*, la verdad que le es necesaria; es, muy particularmente, una doctrina de la fe católica, por la cual dicha fe es conocida *infaliblemente*, y se prueba que es verdadera. Sibiuda presenta la nueva ciencia como una introducción necesaria al conocimiento de las Sagradas Escrituras: es como el alfabeto de los Doctores, puesto que contiene los rudimentos de todas las ciencias, y es conveniente aprenderla antes que ninguna otra, si se desea alcanzar la perfección de las ciencias más altas. En cambio, ella no necesita de ninguna otra ciencia ni arte, toda vez que es la primera. Sibiuda subraya el carácter práctico o, si se quiere, pragmático de esta nueva ciencia, la cual trata del bien y del mal del hombre y de lo que está obligado a hacer, y posee, además, el secreto de mover a la voluntad alegremente y por amor. Todas las demás ciencias son pura vanidad si ésta llega a faltar. Dos cualidades especialísimas posee la nueva ciencia: no alega autoridad alguna, ni siquiera la de la Biblia. Por otro lado, puede ser aprendiada por todos los hombres, clérigos o laicos, en un mes, sin ningún esfuerzo, sin maestro, sin escuela y sin libros;

⁴³ Citamos por la edición de Wolfgang Hoffmann de Frankfort-S Main, 1635, la cual, además de ser una de las más correctas, contiene el Prólogo, que fué suprimido en las ediciones posteriores al Concilio de Trento, o borrado en las ediciones anteriores. Sobre la cuestión de la ortodoxia de Sibiuda, e inclusión del *Liber creaturarum* en el Índice, véase nuestra obra, vol., II, cap. XXII pág. 112, nota 27.

bien entendido que más aprovecha un mes dedicado a esta ciencia, que cien años empleados en el estudio de los doctores.

¿Donde está, pues, la llave de esta nueva Arte, que aspira a superar en sencillez y eficacia a la misma Arte luliana? Sibiuda asegura que se encuentra en el mismo hombre y no fuera de él. «Esta ciencia, afirma, se vale de argumentos infalibles e irrecusables, puesto que arguye sobre cosas que son certísimas para cualquier hombre mediante la experiencia, ya sobre todas las criaturas, ya sobre la naturaleza completa del mismo hombre. Y, sin salir del hombre, prueba todas las cosas con aquellas que el hombre conoce certísimamente de sí mismo por la experiencia y principalmente por la experiencia de cada uno dentro de sí mismo, pues la susodicha ciencia no busca más testigos que el mismo hombre (*Et ideo ista scientia non quaerit alios testes quam ipsummet hominem*). Sibiuda proclama, pues, como método único, legítimo y eficaz la observación del hombre, la exterior y principalmente la introspección o autoconciencia, preludiando, en este punto, actitudes características del Renacimiento.

Sibiuda se apropió en el *Liber creaturarum* el plan y el magno propósito del *Liber de articulis fidei sacrosanctae ac salutiferae legis christianae* de R. Llull; pero es preciso añadir que con un cambio de táctica dialéctica. Efectivamente, en tanto que Llull, en el mencionado tratado, extrema su posición racionalista, intentando una demostración de los artículos de la fe ecatólica *per necessarias rationes*, rigurosamente silogística y que, según él, aventaja en fuerza probatoria a cualquier demostración matemática (vid. la *Introductio*), Sibiuda, en cambio, hace una apelación suprema a la naturaleza humana, aplicando el criterio de lo más útil, de lo más amable y deseable, en términos muy parecidos al pragmatismo de nuestros días. La razón de ese cambio de táctica es que Sibiuda no combate ahora ya a los infieles creyentes, sino a un enemigo interior de la comunidad cristiana, los incrédulos— recordemos la teoría de la doble verdad del Averroísmo latino—, como más adelante Pascal combatirá a los libertinos. «He aquí —escribe— el modo y la práctica de llevar a los hombres *no creyentes* a creer y afirmar aquellas cosas que *no entienden en la razón*; de esta manera, el entendimiento se ve vigorizado, y confortado a fin de que pueda creer más firmemente» (título 68).

Esa dirección voluntarista, o mejor, pragmatista, obtiene todo su desarrollo en la Ética y culmina en una gran doctrina del amor. «Dios —afirma Sibiuda— ha creado los seres inferiores, no por razón de sí mismo, sino para utilidad, servicio, necesidad, solaz y gozo del hombre. Este, como aceptante y beneficiario, está obligado a Dios, no sólo por razón de sí mismo, sino también por el mundo que tiene a su servicio». «Tal es —añade— el fundamento de la obligación natural» del hombre respecto a Dios, de la cual derivan todas las demás obligaciones (título 96). Se lee también: «De todo cuanto hace el hombre, sólo queda, como final, el gozo o la tristeza. El hombre huye siempre de la tristeza y busca el gozo». Se advierte, sin embargo, que «el verdadero gozo nace del amor a Dios, y la última y verdadera tristeza, del amor a sí mismo» (título 148).

La dirección mística del Lulismo, que abre grandes horizontes a la Ética, no obstante responder a un aspecto fundamental y perdurable de la filosofía luliana, no ha sido siempre reconocido en todo su valor y ha sufrido largos eclipses. Fué un golpe fatal la censura proferida en la Bula de Gregorio XI, de 1376, provocada por la campaña de Eymerich, en cuya lista de obras condenatorias figuraban, entre otras, verdaderas joyas místicas y de interés filosófico, como el gran *Libre de contemplació en Déu*, el *Libre de Amic e Amat*, el *Libre d'oració* y el *Ars amativa boni*. Es preciso llegar al período del Renacimiento para que el fondo místico, fuego animador de toda la filosofía luliana, comience a ser debidamente apreciado. Bajo la dirección de Lefèvre d'Étaples y con la colaboración de su círculo, salían de las prensas, y en diversas etapas, el *Liber laudibus de B. Mariae Virginis*, el *De natali pueri parvuli Christi Jesu*, los dos primeros libros (en un solo volumen) del *Liber contemplationis*, el *Liber amici et amati*, los *Proverbia Raimundi* y el *Arbor philosophiae amoris*, algunos de ellos prologados por el maestro.

Desde el tiempo de Lefèvre el gusto por la Mística luliana no se ha extinguido jamás, según lo comprueba el hecho de la impresión constante de aquellas obras más características en los medios cultos europeos, precedidas dichas obras casi siempre de notas o prefacios ilustrativos. La publicación de los textos catalanes de Llull, iniciada por Rosselló en 1888, ha vigorizado hasta un grado

insospechado esta tendencia místico-humanista del Lulismo. Un acontecimiento en tal sentido ha sido la publicación íntegra, por vez primera, del *Libre de Contemplació en Déu*, en su texto original catalán (Mallorca, 1906-1914, siete volúmenes), obra enciclopédica, que contiene en germen toda la enorme producción luliana, y de la cual ha dicho el autorizado lulista P. Efrén Longpré, que «después de las *Confesiones* de San Agustín, no existe en la literatura cristiana ninguna obra tan patética y desbordante de lirismo». Ese aspecto místico-humano de Llull ha abierto brecha en la crítica contemporánea. Por un lado, la investigación se afana por descubrir la influencia ejercida por la Mística luliana, no sólo en la Mística peninsular, sino también en otros sectores europeos, especialmente en la Mística alemana de los siglos xiv y xv. Por otro lado, se afirma la tendencia a estudiar primordialmente al hombre, para mostrar luego como de la actuación del héroe va apareciendo toda la inmensa floración doctrinal que constituye el sistema luliano. El profesor de la Universidad de Liverpool, E. Allison Peers, poco ha fallecido, que ha afianzado esta tendencia en su renombrado libro *Ramon Lull, A biography* (Londres, 1929), señala, en conclusión, dos cualidades insuperables de Llull: su *universalidad* y su *actualidad* para la vida moderna.

TOMÁS Y JOAQUÍN CARRERAS Y ARTAU

Catedráticos de la Universidad de Barcelona